

ENTREVISTA

AL PROFESOR D. JOSÉ MARÍA RIPALDA

DIRECTOR DEL DPTO. DE FILOSOFÍA DE LA UNED

P. Desde su anterior cargo de Vicerrector de Investigación, usted fue uno de los impulsores de la nueva Biblioteca. ¿Cuál es su impresión transcurridos casi tres años desde su apertura?

R. Las impresiones no son algo de lo que uno se pueda dejar llevar sin más. Sin duda el nuevo edificio ha significado un gran avance e incluso el despegue real de la biblioteca. Sin él habría sido imposible ir abriendo los nuevos servicios vinculados a la electrónica, mantener un volumen mínimo de adquisiciones y en definitiva acometer el procesamiento complejo y en plena evolución de la información científica, cada vez más exigente. Y desde luego algo ha cambiado en la imagen de nuestro campus: el intenso movimiento alrededor del edificio de la información y el saber, cuando antes la imagen de nuestro campus estaba dominada por el entorno de los despachos y las oficinas...

P. Entonces, frente a esa imagen que Vd. considera obviamente positiva, ¿Vd. habla de impresiones de las que no hay que dejarse llevar?

R. Bueno, las cosas suelen ser complicadas. Cuando participé en el proyecto de la nueva biblioteca, estaba pensando ante todo en dos cosas: la primera, en crearle un problema a la universidad; la segunda, en plantar un signo intuitivo, arquitectónico, representativo a nivel de campus de lo que debe ser una universidad, si, por abreviar, se me permite ser un poco grandilocuente. (También me atengo sólo a un tema común de toda la universidad, porque de los laboratorios habría que hablar un rato en otro contexto.) Ambos objetivos se han cumplido y en este sentido estoy satisfecho.

P. ¿Y en qué sentido no está satisfecho?

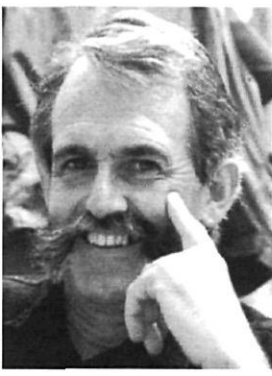
R. Posiblemente esté satisfecho sin más, porque apenas se podía aspirar a otra cosa. Por de pronto sabía el marrón que les largaba a mis amigos de la biblioteca con la dotación de que dispondrían, a la vez que tenían que coger en marcha el tren de la renovación tecnológica. Pero además en España considero imposible por ahora tener bibliotecas universitarias. Me doy por satisfecho con que sólo se hayan ocupado las plantas de depósito de la biblioteca para otros fines; y me daré por satisfecísimo, si esa ocupación se acaba en un plazo previsible.

P. ¿No es un poco exagerado decir que en España no puede haber bibliotecas universitarias? ¿Qué hay entonces?

R. La universidad española funciona representativamente, está descapitalizada, los flujos de la demanda social hacia ella están muy burocratizados. La mayoría de los profesores formados en ella, sobre todo en años pasados, han carecido de contacto con una biblioteca universitaria real y por consiguiente tienden a verla como un depósito de libros lo más privatizable que sea posible. (Al menos desde la enseñanza media se debería dar más importancia, como se hace en otros países "análogos", a saber manejar las fuentes de información que a acumular conocimientos.) El individualismo tradicional asimismo es indiferente a la planificación de los fondos a largo plazo. Un comienzo para socavar esta situación era hacer una biblioteca de excesiva entidad económica y representativa como para que encajara en esos moldes. Y aquí hay que decir que el rector de entonces, Mariano Artés, necesitó de cierto valor, aunque hoy parezca mentira (algo va cambiando), para tomar una decisión que incluso era arriesgada "políticamente".

P. A menudo los docentes se lamentan del uso excesivamente escolar que se hace de las bibliotecas universitarias. ¿No son el sistema educativo y, en última instancia, los propios profesores, los máximos responsables de dicha situación?

R. Me encanta ver la biblioteca de la UNED llena de estudiantes y sentarme entre ellos. Si esta biblioteca llega a cuajar, serán usuarios muy distintos de nosotros. Sobre todo debería ser el lugar normal de los estudiantes de Tercer Ciclo. También me temo que sin estudiantes la biblioteca estaría demasiado vacía. Ahora bien, creo que no les falta razón a los profesores de la UNED cuando se quejan del uso tan escolar que se hace de la Biblioteca. La primera gestión que realicé —desde luego infructuosamente— cuando se empezó a planificar el nuevo edificio, fue tratar de que el Centro Asociado de Madrid acondicionara bibliotecas para los alumnos. Un estudiante necesita salas de lectura y estudio dotadas con los libros más elementales para poder estudiar. Una biblioteca es otra cosa. Pero ya me dirá Vd. qué puede ser en el país de la titulitis y los apuntes (aunque en la UNED sean textos). Lo único que puede pasar, en cuanto hay una estructura, es que la penuria general la invada.



ENTREVISTA

P. Su conocimiento de las bibliotecas universitarias de algunos países punteros en la materia es amplia y notable. A su juicio, ¿en qué se parece a ellas y en qué no nuestra Biblioteca?

R. Nuestra biblioteca, como quizás hasta cierto punto nuestra universidad, es un producto híbrido 'sui generis' aún en proceso de definición. Mi idea era aprovechar al máximo los escasos recursos económicos y culturales de que disponíamos, para lo que no podíamos imitar a una universidad extranjera de primera división. El escalonamiento clásico alemán —a) gran Biblioteca central de uso indistinto y préstamo generalizado, b) bibliotecas especializadas de investigación de uso abierto y préstamo restringido, c) bibliotecas sectoriales, de uso controlado (aunque general en principio) y finalista— era inaccesible a nuestros medios. En cambio en la universidad norteamericana estaba perdiendo importancia la gran biblioteca central, se primaba la accesibilidad directa y ésta se vinculaba crecientemente a terminales de ordenador.

Dado que los alumnos de la UNED se hallan dispersos por los centros asociados, la biblioteca de campus podía centrarse en la investigación. Por tanto procedía concentrar nuestros recursos en un solo escalón del sistema: la biblioteca descentralizada en cada edificio, de modo que los despachos se hallara en la máxima cercanía de los fondos. La biblioteca central sería electrónica y consistiría fundamentalmente en una administración y planificación global, así como en los medios de transporte y comunicación precisos. La idea tropezó en primer lugar con que no se disponía de personal suficiente para esa dispersión. Además los espacios de algunas Facultades se hallaban ya saturados. Aparte de eso la gran concentración de Facultades en el extremo sur del campus de Senda del Rey permitía juntar una serie de disciplinas afines en una biblioteca de investigación interdisciplinar. Esto último era una idea bastante original, que asumía parcialmente una dimensión interesante de la biblioteca central. Al final resultó un edificio grande para la escasa superficie disponible, que quedó relativamente aislado; ni siquiera se realizó la pasarela que lo podía haber unido por arriba a facultades tan voraces bibliográficamente como son Filología y Geografía e Historia. El hecho de que en él se concentraran los servicios administrativos y la sensación de magnitud, engañosa cuando se toma en serio lo que es una biblioteca universitaria, se juntaron en mi opinión con el prejuicio representativo para constituirlo en "Biblioteca Central", como se empieza a llamar.

Si algo me irrita en el fondo de esta evolución es que la Universidad considere al personal bibliotecario como una

especie de bedeles y no esté dispuesta a tomarse en serio su tarea. La biblioteca, es ante todo, incluso por delante de los libros, una organización con mucho saber incorporado. La interacción entre los usuarios, los bibliotecarios y la información final es la de una máquina de investigación con sensibles 'interfaces' que no soportan la reducción grosera en que la tenemos comprimida. Por eso creo que en la UNED el contacto entre la biblioteca y los profesores adolece de falta de fluidez estructural. Se habla de Biblioteca Central, cuando se debería hablar casi de Biblioteca Aislada; también porque sigue pendiente la tarea de una gran biblioteca virtual de toda la UNED con sus Centros Asociados. Sin duda es algo que requiere de una concepción de conjunto que esta universidad aún tiene que diseñar.

P. Usted siempre ha abogado por el carácter investigador que debería tener la Biblioteca de la UNED. Sin embargo, tanto su estructura arquitectónica como las demandas de la comunidad universitaria apuntan a un uso generalizado. En su opinión, ¿cómo podrían conjugarse ambas funciones?

R. Me plantea Vd. una pregunta a la que me resulta complicado responder en pocas palabras. De algún modo se puede decir que todas las bibliotecas están para todos los usos a la vez; y de hecho una ampliación de horarios en la biblioteca no sólo mejoraría el cálculo económico real —el de amortización de sus fondos— sino que le permitiría atender mejor a una cierta pluralidad de objetivos. Pero en cualquier caso lo que distingue a una biblioteca son sus prioridades específicas; y éstas sí deben estar marcadas.

La fijación de esas prioridades requiere algo más que una idea de alguien; tiene que ser pensada por bastante gente y llegar a ese estado de convicción y perfil 'in situ' sin el que termina siendo una imposición inoperante. Por eso mi idea de la biblioteca fue siempre algo secundario, frente a la que, ya por el eco que encontraba, también tenía mis propias desconfianzas; y el resultado final ha sido un mixto indefinido. Ahora bien, lo mismo que la UNED no puede atender además de a sus carreras, al reciclaje profesional de adultos, las relaciones exteriores culturales de España en el extranjero, la reinserción social y toda otra tarea análoga para la que no haya instituciones adecuadas, una biblioteca no es una máquina para todo. De hecho la concepción arquitectónica fue estrictamente la de una biblioteca de investigación y podría razonárselo. Pero se han abierto muchos espacios de lectura y los usuarios ha ido configurando los usos prioritarios, incluida la propia universidad, que ha ocupado para otras tareas que no disponían de locales, espacios con un diseño arquitectónico para carga compacta.